



Sillería baja de la catedral de Toledo. —Bajo relieve que representa la entrega de Baza.

SILLERÍA BAJA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

BAJO RELIEVE

que representa la entrega de Baza.

A mediados del año de 1489 Fernando el Católico llegaba con numerosas y aguerridas huestes á la vista de la ciudad de Baza con objeto de sitiaria.

Baza, plaza militar, y llave de los dominios que poseían á la sazón los moros, se halla en un valle de ocho leguas de largo por tres de ancho, rodeada por la sierra de Habal-cohol, constituyendo entonces una parte de su defensa las cuevas de dicha sierra, un respetable castillo y una muralla flanqueada por grandes y robustas torres. Los arrabales, aunque escasamente fortificados con casa-muro y cercas de tapia, y además una frondosa campiña de una legua de circuito, en que abundaban las casas de campo y torres entre huertas y jardines regados por las abundantes aguas que bajaban de la sierra, eran con sus casas, acequias y árboles, obstáculos formidables para quien tratase de invadir la ciudad.

El rey moro Abú-Abd-Allah, el Zagal, había prevenido á Baza de todo lo necesario para sostener un sitio de quince meses, mandando además de la guarnición con que constaba la ciudad, tropas escogidas de Guadix en donde él se hallaba, y toda la gente de armas tomar que pudo reunir de Purchena, de las sierras de las Alpujarras y de Tabernas, que presurosas habían acudido al llamamiento por el peligro de la patria. Además salieron muchos caballeros de Granada sin que su rey Boab'il el Chico lo supiere, con el objeto patriótico de defender á Baza amenazada, y por último, el príncipe Cidi Yahya con diez mil guerreros, constanding pues la guarnición de veinte mil hombres mandados por tres jefes principales, Mohamed Ben Hacen, llamado el Veterano, Abú-Áli, alcaide de la ciudad, y Hubec Adalgar teniendo autoridad sobre todos el príncipe Cidi Yahya, por ser de linaje real, y merecer toda la confianza de su rey el Zagal.

El Rey Católico sentó sus reales á cierta distancia de las huertas é intimó la rendición de la plaza, prometiendo condiciones ventajosas si se sometía, ó de lo contrario no levantar el sitio hasta tomarla: pero habiéndosele contestado por los caudillos moros que ellos no tenían la ciudad para entregarla sino para defenderla, dió las órdenes oportunas para sitiaria. Fernando V quiso adelantar el campo

hasta las huertas próximas á los arrabales, protegido por la artillería y caballería. Para llevar á cabo esta difícil operación envió delante un grueso destacamento á ocupar las huertas, al encuentro del cual salió de la ciudad numerosa infantería acodillada por el príncipe Cidi Yahya. Trábase la pelea; llevaban la mejor parte los moros, por conocer el laberinto de las huertas; lo cual visto por los ginetes cristianos, echando pié á tierra se incorporaron con los peones. Empeñóse de recio el combate, y divididos y subdivididos los combatientes de una y otra parte en pelotones según lo permitía el terreno, por las muchas acequias, árboles y maleza, luchaban con desesperado arrojo los cristianos para posesionarse de las huertas, y los moros para desalojarlos de ellas. Las casas se incendiaron; y propagado el incendio á los árboles, arbustos y demás plantas, presentaba un cuadro horroroso de desolación y muerte. Los caudillos cristianos quisieron salir de las huertas con sus compañías; pero les fué imposible por no conocer el terreno. Mohamet Ben Hacen y sus capitanes miraban con ansia desde los Adarbes hacia el sitio de la pelea, mientras el Rey Católico situado con sus huestes al principio de las huertas, enviaba á los suyos órdenes y socorros; pero ni de la ciudad ni del campo se podía ver á los combatientes, por causa de la espesura de los árboles y del humo del incendio. Llevaron por fin los cristianos hacia la población á los moros, y después de obligarlos á retirarse detrás de unas empalizadas junto á los arrabales, hicie on alto, y establecieron y fortificaron también con empalizadas sus estancias junto á las de los Musulimes. Así quedó asentado el campamento en aquellos antes deliciosos jardines y huertas, ganadas en doce horas de pelear sin descanso.

Al anochecer, hizo Mohamet una salida para socorrer al príncipe y arrojar de su posición á los cristianos; pero ya era tarde; la oscuridad no favorecía á sus esfuerzos, y tuvieron que retirarse aunque sin otro éxito que el no dejarlos reposar en toda la noche, por los continuos rebatos que hacían.

Conociendo el rey Fernando lo difícil que era el conservar las posiciones tomadas, y las molestias que los cristianos sufrían por las continuas salidas de los moros, aunque en pequeña escala, y solo con objeto de incomodar y tener en una continua alarma á sus enemigos, determinó habido consejo de sus capitanes el trasladar á paraje mas seguro los reales. Para ejecutar este arriesgado movimiento, por estar á la vista de los moros, reforzó el rey á la mañana siguiente las avanzadas con fuerza respetable junto á los arrabales por si intentaban alguna salida. Tomadas todas las precauciones que en tales casos convenían, empezó el grueso del ejército á retirarse con mucho orden al

16 DE SETIEMBRE DE 1855.

sitio en que primero se había situado el campamento, y á la caída de la tarde se abandonaron los puestos avanzados, marchando las huestes, no sin tener que hacer frente de cuando en cuando á los moros, que apercibidos, aunque tarde, de este movimiento estratégico hicieron una salida mandados por el príncipe Yahya; acometiendo varias veces á los cristianos, pero sin conseguir desordenarlos en su retirada.

Sentados los reales en sitio mas á propósito que antes, el rey Católico reunió sus capitanes, y habiéndoles manifestado lo árduo de tan magna empresa, y lo difícil que sería el tomar una plaza tan bien fortificada, y abastecida de todo lo necesario para sufrir un sitio de largo tiempo, sin contar con las nuevas tropas que pudieran venir á su socorro de todas las sierras y pueblos inmediatos, acordó, previo un consejo de guerra, no continuar el sitio. Las tropas al saber semejante decisión del rey, le pidieron llenas de ardor bélico, que no se apartase de Baza hasta rendirla. El rey envió inmediatamente á Jaen un mensaje á la reina Isabel consultándola sobre el particular. La reina contestó dejando la resolución á la prudencia de Fernando, ofreciendo empero que en caso de continuar el sitio, ella procuraría de todo lo necesario al ejército sitiador hasta que se verificase la toma. En vista de lo cual el rey se decidió á acceder á los deseos de su gente, que le aplaudió su determinación.

Dadas las órdenes, dividiéronse las huestes cristianas en dos partes; una de ellas con cuatro mil caballeros y ocho mil peones, toda la artillería y engaños de batir, tomó posición á las faldas de la sierra entre esta y la ciudad; y en el punto opuesto se asentó la otra, mandada por el rey en persona, con seis mil caballos y numerosa infantería. Quedaba entre ambos campamentos un espacio de media legua que contenía las huertas, el cual se fortificó con empalizadas, trincheras y otras defensas; se talaron los árboles; se echaron por tierra varias casas que habían quedado de la refriega pasada; hasta dejar en mes y medio arrasadas las huertas, á pesar de las escaramuzas con que trataban de impedirlo los moros; y por último se cercó y aisló completamente la ciudad, abriéndose en lo llano desde uno á otro campamento por cada lado, una profunda zanja que se llenó con las aguas bajadas de la Sierra, y se coronó con una grande empalizada y quince torres erigidas de trecho en trecho. Formóse así una estensa línea que privaba á los sitiados de recibir socorros y de estender mas que á ella sus salidas.

Tomadas todas las precauciones necesarias y habiéndose puesto atalayas en las alturas, y gente de guerra en los caminos para que los guardasen, por si de fuera venía gente en socorro de la ciudad, el rey Católico se propuso esperar á que el hambre ó el temor, obligasen á los sitiados á hacer proposiciones ó rendirse. Pasaban dias y meses en que las únicas acciones marciales que ocurrían, eran las frecuentes salidas de los moros, trabándose sangrientos combates y escaramuzas, y á veces entraban en los reales de los cristianos, robando y talando lo que encontraban, por los parajes débiles de su estensa línea. Avenajaban mucho los moros á los cristianos en estos encuentros, ya á causa de su destreza, ya por su conocimiento práctico del terreno; por lo cual mandó el rey Fernando que se procurase evitar todo género de pelea.

La reina Isabel atendía entre tanto al mantenimiento del ejército sitiador, venciendo obstáculos insuperables y echando mano de todos los recursos posibles, hasta llegar el caso de enviar á empeñar su propia vajilla de plata y oro y todas sus joyas á las ciudades de Valencia y Barcelona, para con su producto atender á las necesidades del ejército. Gracias al cuidado de tan augusta señora, el ejército estuvo surtido de todo lo necesario, mientras en la ciudad se empezaba á padecer hambre.

Para precaver los accidentes de el invierno con sus lluvias, construyéronse casas de madera y de tapia cubiertas con teja. Reemplazáronse pues las tiendas de campaña con una población, pero no se hicieron las construcciones con la solidez exigida por el clima del país, y así, el primer temporal récio que le sobrevino derribó gran parte de ellas, causando no pocos estragos.

El mismo temporal interceptó los convoyes de provisiones enviados por la reina, y puso al ejército en una consternación general, dejándole sin manutención por todo un día.

Estos reveses de fortuna impulsaron á Fernando V á enviar un mensaje á Mohamed Ben Hacem ofreciendo para él innumerables mercedes, y para los habitantes respecto á sus personas y propiedades, si se entregaba pronto la plaza. El veterano, creyendo ser este paso síntoma de desaliento, porque tenía noticias exageradas de los desastres y falta de víveres causados por las avenidas, contestó, aunque con cortesía, negándose á todo partido.

Reanimados los moros salían casi todos los dias á escaramucear con los cristianos, perdiendo de ambas partes muy buenos caballeros, aunque sin ventajas para unos y otros.

Los apuros de los sitiados crecían diariamente, llegando hasta el punto de no poder pagar á la tropa. El alcaide de Baza Mohamed, ma-

nifestó al pueblo las necesidades de la guarnición; y donándole generosamente los hombres, sus bajillas, y las mujeres sus brazaletes, manillas y zarcillos, pudo pagar á la guarnición, y por consecuencia seguir defendiendo la ciudad. Sabido por el rey Católico este desprendimiento y tesón de los sitiados en defender la ciudad, persuadidos de que pronto se levantaría el sitio segun les había manifestado su alcaide Mohamed, resolvió alejar tal esperanza. Escribió inmediatamente á la reina para que trasladase su residencia al campamento durante el invierno. A los pocos dias viéronse bajar por las montañas numerosas huestes. Era Isabel la Católica, que con numerosa comitiva se dirigía á los reales cristianos, vestida con primor, montando una mula cubierta con paramentos recamados de oro y tan grandes que tocaban al suelo, trayendo á la derecha á la infanta doña Isabel su hija, y á la izquierda al gran Cardenal de España, con un lucido acompañamiento de damas, catalleros, pajes, estudiosos, una respetable guardia de hidalgos armados con esplendidez y seguida de un ejército lucido y aguerrido. Difundióse la noticia de la llegada de la reina al real de los cristianos, por toda la ciudad de Baza, y en un momento viéronse coronadas de espectadores todas las azoteas, torres y demás puntos elevados. Algunos de los caudillos moros, quisieron en un primer arrebató de entusiasmo bélico, salir á atacar á la escolta de Isabel la Católica, pero el príncipe Cidi Yahya, prohibió disparar contra ella la artillería ni dirigir á su persona ataque ni insulto de ningún género. El rey Fernando acompañado de los grandes, y de todos los caballeros de su corte y del campamento, engalanados con magnificencia y seguidos de innumerables gentes salió á recibir á la reina. Reuniéronse ambos monarcas, abrazáronse, y con la mayor pompa y entusiasmo marcial entraron luego juntos en los reales.

Viendo el príncipe Cidi Yahya el empeño decidido que habían formado los cristianos de no levantar el sitio hasta rendir la ciudad, pues contaban estos con un numeroso ejército, y que los apuros de Baza crecían diariamente, creyó deber evitar mas derramamiento de sangre y no exasperar al enemigo con una inútil resistencia. Manifestó, pues, querer parlamentar, y los Reyes Católicos le enviaron á don Gutierrez de Cárdenas, duque de Maqueda y comendador de Santiago, persona muy querida de los reyes por su valor y acierto en las cosas de la guerra, que con el alcaide Mohamed y el acompañamiento de entrambos se juntaron en un paraje convenido. Después de conferenciar, volvióse el veterano á la ciudad para consultar con los caudillos moros, los cuales con él acordaron que el príncipe Cidi Yahya pidiese á Fernando V licencia para enviar á Guadix un mensajero con una carta dirigida al rey Abú-Abd-Allah, el Zagal, habiéndole de la entrega de la ciudad, puesto que les parecía ser un desdoro de su buena reputación el entregar tan importante plaza sin haber sufrido ni un asalto. Dado por los Reyes Católicos la licencia pedida y el necesario salvo conducto, marchó el mensajero y presentó á Abú-Abd-Allah, que á la sazón meditaba sobre el mal estado de sus asuntos, el pliego destinado á consultarle acerca de la conducta que en su apurada situación debía seguir Baza, no pudiendo resistirse por mas tiempo si pronto no se le daban auxilios, y teniendo por otra parte seguridad de obtener ventajosas condiciones si accedía á una pronta sumisión. Reunió el Zagal á su Jeques para que le aconsejasen en tan apuradas circunstancias; pero la discordancia de pareceres no hizo mas que aumentar su perplejidad. Convencióse sin embargo de ser inevitable la pérdida de aquella ciudad, por la imposibilidad de socorrerla. Mandó pues, decir á Cidi Yahya que «obrase como mejor le pareciese.» A consecuencia de tal contestación, el príncipe, de acuerdo con los demás caudillos musulimes, capituló inmediatamente, consiguiendo que los guerreros venidos de fuera á defender á Baza, pudiesen salir libres con sus armas, caballos y demás efectos; que á los habitantes de la ciudad se les facultara para retirarse con todos sus bienes, ó para establecerse en los arrabales con la seguridad de poder observar sus ritos y costumbres, aunque jurando en este caso fidelidad á los Reyes Católicos, y pagarlos el mismo tributo que hasta entonces habían dado á sus monarcas. Se convino en entregar á Fernando é Isabel la plaza con todas sus fortalezas en el término de seis dias, concediéndose este tiempo para que los moradores pusiesen á buen recaudo su hacienda; pero dándose en el interin en rehenes quince moros de las principales familias, que llevaron á los reales, el príncipe Yahya y el alcaide Mohamed, ambos en persona. Recibieronlos con el mayor agrado los Reyes Católicos, y tanto á ellos como á otros caballeros moros, los hicieron grandes obsequios y mercedes en dinero, ropas, alhajas, caballos, armas y otros objetos de gran valor. El príncipe Cidi y el alcaide, prendados del porte afectuoso, digno, elevado y generoso de tan grandes monarcas, no solo juraron no volver á sacar la espada contra ellos, sino que entraron en su servicio con otros muchos moros impulsados por tal ejemplo. Fernando é Isabel los colmaron de alabanzas y de premios.

Tal fué el resultado de este famoso sitio, á los seis meses y veinte dias despues que se presentaron las tropas cristianas á la vista de Baza, en que perecieron veinte mil cristianos, la mayor parte de enfer-

medades. Se rindió la ciudad de Baza en 4 de diciembre de 1489. Al siguiente día hicieron los Reyes Católicos su entrada solemne en la plaza, y sacaron de las mazmorras mas de quinientos cautivos.

En el dibujo que representamos (bajo relieve), se vé á la izquierda al ejército cristiano; en el centro á los caudillos moros, y á uno de ellos entregando la llave de la ciudad (1) al Rey Católico, y finalmente á la derecha el campamento, ingenios y lombardas para batir las murallas, y en el fondo la ciudad, incluyéndose todo en un arco carpanel.

UNA ESCURSION ESTUDIANINA.

(Conclusión.)

Convencidos de que nos sería imposible hallar á la persona á quien buscábamos, celebramos una reunion, en la cual se resolvió que Matías se embarcase para Inglaterra mientras nosotros dábamos la vuelta á Salamanca donde debíamos continuar nuestros estudios. Para esto Matías necesitaba dinero, y nosotros le dimos todo lo que teníamos, porque nada nos hacia falta para el viaje, contando como contábamos siempre con los recursos de la música estudiantina. Entregamos, pues, toda nuestra fortuna á Matías, que se encontró bastante rico para ir no digo yo á Londres, sino á Moscow, pero antes de partir le ocurrió la prudente reflexion de que no habíamos pagado al alcaide de la cárcel la comida que nos habia dado durante nuestra detencion. Fuimos, pues, á ver al alcaide para retribuirle y darle las gracias por su comportamiento; pero el buen hombre se apresuró á contestar que nada teníamos que agradecerle por su conducta como alcaide, pues no habia hecho mas que cumplir con su deber, y que nada le debíamos por la comida en atencion á que otra persona habia pagado por nosotros. Preguntámosle quién era aquella persona, y no quiso decirlo, protestando que habia dado palabra de no revelarlo; pero Matías, que como nosotros habia adivinado el misterio, dijo como para sacar de mentira verdad:

—Es inútil que Vd. se obstine en ocultar lo que todos sabemos: la persona que ha pagado por nosotros es una jóven.

Y dió perfectamente las señas de nuestra paisana, en vista de lo cual el alcaide confesó que efectivamente era ella, añadiendo que la última vez que estuvo pagó adelantado el gasto de dos días, asegurando que al cabo de estos dos días saldríamos á la calle. Quisimos hacer algunas preguntas, pero nos interrumpió la llegada de algunos presos, al frente de los cuales entró el juez que habia entendido en nuestra causa, el cual se llegó con la mayor amabilidad á nosotros, diciéndonos que los presos que á la sazón llegaban eran precisamente aquellos con quienes la policia nos habia confundido.

—¡Pobres! dije yo, á pesar de los perjuicios que en este qui pro quo hemos sufrido, les compadezco.

—Ya pueden Vds. compadecerlos, contestó el juez, no porque su causa sea grave, pues nada resulta contra ellos, de modo que dentro de breves días tendré el gusto de ponerlos en libertad, sino porque no tienen tan buen protector como Vds., ó por mejor decir, tan bella protectora.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso? le preguntamos.

—Vaya, respondió el juez; Vds. han tenido una protectora muy fuerte, no por su posición, pues no tengo el gusto de conocerla, sino por su actividad, pues no ha descansado hasta acreditar con una porcion de testigos que Vds. eran inocentes, de modo que ha sido forzoso absolver á Vds. de todos los cargos, no por gracia sino obrando con justicia. Pero, señores, añadió, no puedo detenerme mas, pues tengo que tomar declaracion á los nuevos presos.

Despedímonos del caballero juez á quien de todos modos creímos que debíamos dar las gracias, y nos dirigimos al puerto con intencion de buscar el buque con que nuestro compañero Matías debia trasladarse á Inglaterra; pero no era día apropiado para embarcarse, porque el mar estaba alborotado, y lejos de darse á la vela ninguna embarcacion, eran muchas las que por todos lados se dirigian al puerto huyendo del temporal.

Era aquel un cuadro desgarrador, y debo renunciar á su pintura, tanto porque con los años que desde entonces han transcurrido, he olvidado hasta sus mas interesantes detalles, cuanto por la sencilla razon de que mis lectores están hartos de saber lo que es una tempestad en el mar, aunque no sea mas que por las mil descripciones que han hecho otras plumas mas inspiradas y competentes que la mia. Por otra parte nosotros reparamos poco en la multitud de los incidentes, porque nuestra atencion se fijó desde luego en una fragata que indicaba en su estado el largo combate que habia sostenido contra las

terribles olas, pues no conservaba ya nada de su arboladura. Los pocos marineros que quedaban con vida hacian prodigiosos esfuerzos por llegar al puerto en aquella nave que de vez en cuando desaparecia de nuestra vista como si el agua se la hubiera traga lo para siempre, y luego la veíamos aparecer á una considerable distancia del punto en que la habíamos creído sumergida.

En uno de estos violentos embates la desdichada fragata llegó á la boca del puerto, pero dió tan terrible sacudida contra la roca, que se hizo pedazos como un débil vaso de vidrio arrojado fuertemente contra una piedra, y poco después vimos en distintas direcciones salir á flor de agua los náfragos, cuyos lamentos hubieran debido bastar á ablandar la inclemencia de la tempestad.

Entre aquellos náfragos, sobre todo, distinguimos la cabeza de una mujer en quien todos nosotros creímos reconocer á nuestra amiga y protectora, por lo cual rogamos á un marinero que fuese á salvarla en una lancha.

—Ni aunque me dieran Vds. cien duros, dijo el marinero.—No cien duros, sino mil le daremos á Vd. con tal que la salve.

Al oír la proposicion de los mil duros, desató el marinero su lancha, pero en el acto de ir á esponer su vida renunció á la ganancia, diciendo que era una locura lo que pretendíamos. Viendo esto Matías pegó un brinco y se metió en la lancha, nosotros le seguimos y empezamos á remar como unos desesperados; convencidos muy pronto de nuestra impotencia, no solo porque carecíamos del conocimiento práctico del remo, sino porque este era incapaz de contrarrestar la fuerza de las olas que jugaban con nuestra pobre embarcacion, amenazando á cada instante sepultarla como á la fragata. Nosotros ni siquiera pensamos en el peligro que corriamos; todo nuestro afán estaba cifrado en dirigirnos al punto en que habíamos visto por última vez á nuestra compatriota; pero cada vez nos alejábamos mas de aquel punto. Ya no sobrenadaba alma viviente: habíamos perdido todas las esperanzas, cuando vimos á Matías arrojar al agua la mitad de su cuerpo, y de allí á poco sacar en sus brazos á una mujer, cuyas facciones estaban horriblemente desfiguradas, á pesar de lo cual dimos todos un grito de alegría exclamando: ¡Es ella! ¡Es ella!

En efecto, era nuestra pobre amiga á quien solo un breve intervalo separaba de la muerte. Colocámosla de un modo conveniente para hacerla arrojar el agua, y á poco tiempo tuvimos el gusto de ver en ella señales de vida, aunque no de recobrar tan pronto el conocimiento.

Entonces fué cuando empezamos á temblar por la suerte de nuestra pobre lancha, creyendo á cada paso perder aquel precioso depósito que el hado nos hiciera devolviéndonos una vida milagrosamente escapada del abismo. Cerca de medio día duró esta ansiedad que hubiera terminado de un modo cruel; pero cesó el temporal por fin, y nosotros haciendo un uso heroico del remo, pudimos tomar tierra, con lo que en parte se calmaron nuestras zozobras, y digo en parte, porque dudábamos haber librado de la muerte á la jóven á quien habíamos librado del furor del agua.

Por fortuna conseguimos lo uno y lo otro, pues á los pocos días, tuvimos la satisfaccion de ver completamente restablecida á nuestra amiga á quien todos servimos de enfermeros, tratándola con el esmero y cuidado que pueden Vds. imaginar.

—¡Ah! decía la infeliz cuando supo lo que habíamos hecho en su obsequio. ¿Por qué se han arriesgado Vds. tanto para salvar á una desdichada mujer que hubiera encontrado en el fondo del mar el término de sus penas?

Nosotros procurábamos consolarla sin revelarla el secreto de su herencia por no alijirla con la triste aventura de la muerte de su padre, y así nos limitábamos á decir que todos los hombres teníamos obligacion de esponer la vida por salvar la del prójimo, y nosotros con mas motivo en aquella ocasion, pues sabíamos lo que debíamos á sus cuidados y generosidad.

Por fin llegó el día en que nos fué preciso revelarla el fatal secreto, pues la pobre jóven hallándose restablecida del todo, manifestó que por ningún concepto seguiria abusando de lo que llamaba ella nuestras bondades, y queria buscar un acomodo, es decir, una casa en que continuar su miserable condicion de sirvienta.

—Pero, señora, dijo Matías, ya que hemos llegado á este extremo será preciso decir que Vd. se halla en el caso de tomar criados y no amos.

—No sea Vd. loco, dijo ella resignada con su suerte, yo he nacido para servir y no tengo ambicion de mandar.

—Vd. ha nacido para mandar y no tiene ya ninguna necesidad de servir.

—¡Hola! cualquiera diria al oír á Vd. que acabo de heredar una pingüe fortuna.

—Y diria la verdad.

—No digo yo que eso sea imposible, repuso la jóven, mis abuelos maternos eran ricos... pero nada me prometo de estos parientes. En

(1) Este bajo relieve se halla bastante estropeado como se vé en el dibujo, pues de las llaves solo quedan las guardas pegadas á los crines del caballo, faltando además varias patas y manos á los caballos.

cuanto á mi padre, mucho he esperado de él durante toda mi vida, no por su riqueza, sino por sus bondades, pero estoy segura de que ha muerto sin saber siquiera que yo existo en el mundo...

—Lo cual, añadió Matías, no puede impedir que Vd. tome posesion de los bienes que él había podido adquirir dignamente en lejanas tierras.

—¿Cómo? ¿Es cierto lo que Vd. me dice? ¿Ha conocido Vd. á mi padre? ¡Ah! no lo creo; nadie ha vuelto á saber de él desde que salió de Madrid, nadie en España, y sino, cíteme Vd. alguna persona que le haya conocido.

—¡Pobre jóven! dijo Matías; estaba sin duda decretado que Vd. no conociese á su padre, y este cruel decreto debía cumplirse; pero aunque Vd. no haya conocido á su padre, son muchas las personas que han tenido el gusto de conocerle.

—Pues bien, cíteme Vd. una sola de esas personas, y cuente si es necesario con el sacrificio de mi vida para premio de este favor, nombreme Vd. esa persona, y tendré un placer en correr el mundo entero por saber algo de mi padre.

—¡El sacrificio de vuestra vida! exclamó Matías, ¿y quién tendría valor para aceptarlo, ni menos para exigirlo? No sería yo, seguramente, que desde el día en que tuve el placer de ver á Vd. por primera vez he mirado mi existencia como tributo indigno de ofrecerse á la noble, á la hermosa hija de D. Bruno...

—¿Qué oigo, Dios mío! ¿será posible...

—Por lo demás, continuó Matías, no necesita Vd. salir de Lisboa para encontrar personas que hayan conocido á su padre.

—Caballero, interrumpió vivamente la jóven, si yo no estuviese cierta de que tiene Vd. por temperamento y hasta por herencia la virtud de la compasion, creería que en sus palabras de Vd. no había toda la sinceridad debida á la desgracia, pero ¿es posible que no le hayan engañado á Vd. ó que no ceda su buen alma en este momento al influjo de alguna preocupacion? Perdóne Vd. mis dudas y mi franqueza. He caído tantas veces en el desencanto despues de concebir las mas halagüeñas esperanzas, que ya mi corazon se revelaría contra la misma realidad.

—Sin embargo, dijo Matías, si Vd. tiene bastante confianza en mis compañeros y en mí para creernos en este instante incapaces de faltar á la verdad por capricho ó por cálculo; si nosotros todos aseguramos, bajo el mas solemne juramento, que hay en Lisboa varias personas que han tenido la dicha de conocer á su padre de Vd...

—¡Oh! basta, señores, basta. ¿Cómo puedo yo poner en duda la buena fé de los que tan heroicamente han arriesgado su vida por salvar la mia? Hablen Vds., y digan en fin, quiénes son esas personas que han conocido á mi padre.

El tierno acento de la voz, el fuego de las miradas que no habían podido apagar las lágrimas con que la jóven realizaba la elocuencia de su deseo, nos habían conmovido demasiado para que pudiésemos guardar por mas tiempo silencio ni diésemos á nadie la preferencia en el uso de la palabra; de modo que al terminar su pregunta la jóven, todos nos apresuramos á decirle que éramos nosotros las personas que tanto interés tenía en conocer.

El efecto que esta confesion tan unánime produjo en el ánimo de nuestra compatriota sería difícil de pintar. Era esa estrañeza que se acerca mucho á la incredulidad. Su mirada alónta y penetrante giró con la rapidez del rayo, como buscando la confirmacion de la verdad en nuestros semblantes, y cuando se persuadió de que su deseo no sería ya burlado por una idea vana y fascinadora como otras veces, creímos que había perdido el juicio segun la confusion con que amontonaba sus interpelaciones, y la espresion de los afectos que cruzaban por aquel corazon que parecía deber estar ya acostumbrado al choque de las grandes emociones. Nosotros todos respondíamos con las palabras ó con los ojos cuando no podíamos hablar, porque la agitacion que experimentábamos nos trababa la lengua, y no hubo detalle olvidado ni objecion que no fuese satisfecha en medio del desórden con que tuvimos que relatar á la jóven todo lo que mis lectores han podido ya ver en los anteriores capítulos de esta historia. Decir que este relato causó una grave recaída en la convaleciente protagonista, es supérfluo para los que conocen esas lecciones de patologia que la naturaleza enseña mas elocuentemente que los libros. Diré solamente que nuestra asistencia renovó sus esfuerzos en favor de la hija de D. Bruno á quien tuvimos el gusto de ver otra vez restablecida.

Faltaba resolver una cuestion de esas con que las almas generosas prolongan las situaciones dramáticas de la vida humana. Empeñábase Matías en probar que no tenía derecho á una herencia que por todos conceptos pertenecía á la hija de D. Bruno, y obstinábase esta en renunciar á sus derechos naturales queriendo hasta en esto rendir un santo homenaje de respeto á la última voluntad de su padre. Yo conocí que aquella situacion se prolongaba, porque faltaba la franqueza tanto como sobra la generosidad, y corté un día la polémica diciéndolo.

—Amigos míos: esto se va haciendo interminable, debiendo ser muy breve. Todos estamos hartos de saber que Vds. se aman recíprocamente desde que se vieron en la fonda; digan Vds. de una vez lo que tantas ganas tienen de decirse, ó en otros términos, busquen Vds. un cura que los case, y así se acabarán lógicamente todas esas disputas inútiles.

Mis compañeros que eran de este mismo modo de pensar, aplaudieron la proposicion; los interesados dieron una aprobacion mas positiva que la de las palabras, pasando á las obras, y en efecto, á los pocos días la hija de D. Bruno, cuyo nombre no he querido revelar, pudo ser designada legalmente con el título de esposa de Matías.

Con tan plausible motivo emprendimos el camino de Salamanca á donde llegamos en pocos días, llevando en nuestra compañía una bella española que ardía en deseos de conocer la última morada de su padre, pero... aquí es donde debíamos recibir la postrera de las infinitas sorpresas que el destino nos había regalado durante nuestra excursion. La primera persona que encontramos al llegar al sitio en que habíamos arrojado al viento la arena que nos indicó el camino de Portugal fué... D. Bruno, que ya estaba tambien restablecido, y quedó con el poderoso remedio que le llevábamos curado para siempre de su inveterada melancolia. Celebróse la boda con una comida opípara en casa de D. Bruno, á la que como era natural, acudimos todos los individuos de la expedicion. Matías despues que acabó su carrera se estableció en Salamanca, y aunque todo le parecía poco para ayudar y complacer á sus antiguos camaradas, nosotros no le exigimos mas que un sacrificio que debía hacer todos los años. Este sacrificio era el de acompañarnos hasta las afueras de la ciudad cuando emprendíamos la estudiantina, y tirar al aire el puñado de arena que nos indicase el camino que debíamos seguir, persuadidos, ó por mejor decir, preocupados con la idea de que Matías no invocaba en vano á la suerte; y en efecto, si no siempre pudimos disfrutar las ventajas, emociones y sorpresas de nuestro primer viaje, tampoco tuvimos motivo para renegar de la fortuna.

J. M. VILLERGA.

UNA PUNTA DE CIGARRO.

A RICARDO RIEIRA.

Has querido que escribiera un cuento en media hora con el título que va al frente y que tú me has dado. Ahí le tienes; por muy grato que te sea leerle no te lo será tanto como á mí el ver tu nombre al frente de él.

Trigo de corazon

AGUSTIN.

I.

—Y no me olvidarás nunca?

—Nunca.

—No saldrás un día nueva hija pródiga, para no volver á casa de tu amante hasta que el hastío te haya consumido y no encuentres quien te ame?

—Te he dicho muchas veces que te adoro.

—Entonces dame un abrazo.

Y nuestros dos interlocutores se abrazaron con la efusion que se abrazan dos almas unidas á dos cuerpos, uno de dieziocho años y otro de veintitis.

El abrazo concluyó, porque todo acaba, y Juan se quedó mirando los ojos pardos, pero hermosos, de la mujer que acababa de hacer aquel juramento.

Ella no dijo una palabra, pero tambien le miró con una de esas miradas de que disponen las mujeres.

Como la que ha dirigido Vd. en este momento á las líneas que preceden, señora lectora ó señorita, porque tengo el disgusto de no conocer á Vd.

—Ni yo á Vd. señor autor.

—Y lo siento Vd?

—Quizás!

—No continúe Vd. lectora, porque prefiero vivir en la dudosa y fatigante incertidumbre, á que Vd. me dé calabazas.

—Pero es que yo...

—Basta, señora.

La decía á Vd. que Antonia tenía muy bonitos ojos y que abrazaba á mi amigo Juan, que Juan era un poco loco y por consiguiente simpático, y que en el momento en que escribo estaba muy enamorado de Antonia.

Note Vd. bien que digo en el momento en que escribo, porque ya á estas fechas no sé que será de él.

—Pues cómo? tan...

—Silencio señora, la he permitido á Vd. que dirija á estas páginas miradas hasta subversivas, pero no puedo tolerar que me interrumpa.

Si señora, se ha despedido de Antonia, y en cuanto ha vuelto la esquina de la calle del Leon, ha encontrado una modistilla y la ha seguido; y Antonia está cantando tan alegre sin sospecharse las infidelidades de su amante.

—Es claro, siempre la mujer...

—No se anticipe Vd. lectora, porque acabo de oír una campanilla y he visto que Antonia se ha levantado y ha abierto á un jóven que si no valia mas que el primero, tampoco no valia menos; y le ha dado un abrazo como á Juan, y le ha hecho todo ese repertorio de coquetearias, y le ha dicho toda esa coleccion de palabras y frases galantes que Vds. dicen con tanta gracia.

—No lo creo...

—Señora, dispense Vd., que cuento una historia que ha sucedido con un amigo mio, porque Miguel del Castillo es amigo mio y me lo ha contado.

—Miguel estaba acechando la salida de Juan, y en cuanto le vió doblar la esquina, subió á ver á Antonia que le esperaba al balcon porque se habia asomado bajo pretexto de despedir á Juan.

Y mire Vd. qué coloquio tan tierno tienen los dos, parece que ella no ha roto un plato nunca, y él siendo amigo de Juan hacerle esas traiciones. Vamos, eso es horrible, no lo quiero mirar.

II.

—¿No ha entrado Vd., lectora, en alguno de esos cuartos modestos y silenciosos que no aparentan gran lujo, y que sin embargo encantan mas que si estuvieran adornados de lujosos espejos, magníficos muebles y vistosas colgaduras?

Habitaciones sencillas que respiran una modestia un poco coquetueta, en que cada objeto está en su sitio, en la que no hay una hilacha ni un papel por el suelo, ni ninguna prenda colgando del respaldo de las sillas, con el único adorno de una cómoda de caoba muy lustrosa, coronada de un espejo de marco idem, y encima de la cual luce en una jarra muy blanca un ramo.

Y qué ramo tan lindo, tan poco chillón, pero tan agradable, de los que esparcen un olor suave, pero que se siente al entrar, y cuyo perfume no se confunde con ninguno, y despierta en el alma un mundo de cosas.

—Aquel ramo podia despertar en el corazon de Antonia...

—Dispense Vd. lectora, Antonia no tenia corazon.

En el de Vd. por ejemplo, una mañana deliciosa de Retiro, porque venia de allí, un *tete á tete* amoroso y dulce, porque el día que le trajeron habian ido juntos Juan y Antonia, una emocion tiernísima, porque le habia cogido á hurtadillas del guarda, etc., etc.

Pero como acabo de tener el honor de decir á Vd., Antonia no recordaba mas sino que aquel ramo de lilas valia menos que uno de camelias, y que Juan no era tan simpático á sus ojos como Miguel.

Esto no quiere decir que odiara á Juan sino que amaba á los dos.

Por mas que muchas personas no crean que se puede querer á dos á un tiempo.

—Señora, Vd. no lo dudará.

—Caballerol

—Dispense Vd. lectora, quiero decir que hoy lo creará Vd. puesto que lo está viendo en la historia que tengo el honor de contarle. No quiero decir que Vd. lo sepa por experiencia, á pesar de que ahora me ha dado Vd. derecho á sospecharlo.

—Cómo!

—Señora quien se pica... etc.

—Es Vd. un insolente.

—Dispense Vd. señora, que Juan se ha entrado con la modista en la calle de Santa Isabel. Pero ha salido á los cinco minutos harto de ella, porque no valia lo que su Antonia y se ha vuelto á su casa.

Lo cual prueba que el hombre vale mas que la mujer.

—Señor autor.

—Señora.

—¿Sabe Vd. que es Vd. muy poco galante?

—Lo que ha de saber Vd. es que á pesar de lo que acabo de decir me gustan mas las mujeres que los hombres, por buenos que estos sean.

Gracias señora, queria que se sonriera Vd. otra vez como lo ha hecho y lo he logrado, ya vé Vd. que soy feliz.

—Gracias.

—No hay de qué.

Pero Juan al encontrarse sin su Antonia no supo qué pensar, la esperó toda la noche y ella no vino, la esperó todo el día siguiente y ella no pareció, pa-arón dos mas y no vino.

III.

Juan sintió mas de lo que Vd. cree la pérdida de la mujer á quien queria, y no salió de su casa en una porcion de dias.

Pero un día se levantó resuelto á reirse y á echar penas al aire.

Para lo cual se fué á pasear la calle á una novia que habia tenido antes de conocer á Antonia.

La novia no estaba en el balcon, lo cual hizo que Juan volviera mas aburrido que cuando salió.

Casi, casi estaba furioso, la prueba es que se tiró de los cabellos y que contemplando las lilas de su amada vertió una lágrima sobre sus morados racimos.

Pero Antonia no volvió.

Juan la lloró perdida.



(Aventuras de un loco coronado.)

Y siguió viviendo solo, como un viudo que ha perdido á su esposa durante la luna de miel. Por si acaso se habia marchado con otro, (Juan no creia en la fé de las mujeres y hacia muy...

—Señor autor.

—Señora, las mujeres tienen fé y esperanza.

—Gracias caballero.

—Lo que no suelen tener es caridad.

—Señor autor.

—Señora, yo la amo á Vd. y si fuera tan dichoso que lograra ver fijarse en mí, una de las miradas que fija Vd. en mi escrito, seria el mas feliz de los hombres, porque la adoro á Vd. á pesar de su falta de fé y de que no tenga caridad.

Juan salia todos los dias á la Universidad.

Un dia, mientras él estaba fuera entró el cartero una carta, el portero la recogió; aquel dia no fué Juan á su casa, se pasó la noche de borrasca con unos amigos que acababan de graduarse.

Al volver al otro dia, el portero le dió la carta, un vago estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Juan al verla.

Subió á su cuarto y despues de vacilar un gran rato antes de abrirla temiendo enterarse de su contenido, y convencido de que seria una despedida burlona, la abrió y sus ojos se humedecieron de lágrimas, se volvió á arrancar el pelo, pateó, se puso hecho un demonio y se echó á sí mismo la culpa de todo lo que le sucedia.

IV.

Juan: si á pesar de mis locuras no has dejado de amarme, espérate me esta tarde, iré á arrojarle á tus piés; si no me has de perdonar no me esperes, lo prefiero á oír de tus labios las reconvenções que me merezco.

A pesar de todo Juan, cuanto te quiero.

V.

ANTONIA.

—Dispense Vd. lectora.

—Por qué?

—Se me ha olvidado decirle á Vd. que Juan que era muy fumador, no encendía un cigarro cuando tenía alguna pena ó le dominaba alguna idea.

—Y qué tiene que ver eso?

—Que es el resumen de toda mi historia.

—Es imposible.

—Escuche Vd. y lo verá.

Antonia que lo sabía, fué á la hora que le decía en la carta, no le encontró, pero lo halló todo en el mismo orden que lo dejó cuando se marchó, incluso su ramo de lilas que estaba seco.

Pero al fijar sus ojos por el suelo no halló nada, una sola punta de cigarro había en toda la pieza.

Pobre Juan! cómo debe haber sufrido, dijo Antonia; soy una miserable, yo tengo la culpa, no merezco que me ame ese hombre, y salió de su casa para no volver mas.

El portero que tenía costumbre de verla entrar y salir no dijo nada, y se guardó la carta para dársela á Juan.

Lo demás ya lo sabemos.

Antonia... ignora qué fué de ella, porque ni mi amigo Juan, ni Castilló me lo han sabido decir.

Solo saben que el portero la oyó decir al bajar la escalera:

Pobre Juan! cómo debe haber sufrido, no ha fumado mas que un solo un cigarro en quince días!

MORALEJA.

Lector, fuma mucho, nada hay mas horrible que ver en una pieza muy grande una punta de cigarro solitaria.

—Ah! lectora, Vd. dispense, estoy á los piés de Vd.

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

CAPITULO VI.

LAS LINTERNAS AMARILLAS.

En el puerto de Carlscrona fué donde mas de 46 naves suecas se aparejaron para marchar á batir el orgullo de Dinamarca. El pretexto aparente de esta combinacion era el ducado de Holstein, sobre el cual el rey de Dinamarca pretendia tener derechos que le disputaba Carlos XII, protector del duque de Holstein; la casa real por parte de los dinamarqueses era la intencion de repartirse la Suecia con el rey de Polonia Federico-Augusto y el Czar de Moscovia, en quien el génio de la civilizacion no escucha el espíritu de conquista, que es el espíritu de robo. Desde el *Carlos XI*, magnifico navio, el mas formidable que habia y quizá que haya de haber en Suecia, Carlos XII vió su escuadra abrir sus velas al tronar de tres mil piezas de artillería, á cuya despedida contestaban majestuosamente las batérias de los fuertes sembrados por la costa. Un viento favorable impelió en breve aquellos navios de todas formas y de todas dimensiones; bien pronto parecieron desde la orilla como una manada de cisnes emigrando hacia mas dulces mares. Todas las naves mercantes que surcaban el Báltico dejaban paso á estos dueños del mar, se apartaban con respeto y alzaban sus pabellones en lo alto de los mástiles. El horizonte no ofrecia ningun obstáculo á aquellas proas gigantescas y á aquellas velas tan numerosas que producian en el mar sombra de una legua de estension.

Al menos así fué durante dos dias. El tercero una goleta extraña á la escuadra, olvidando el universal respeto osó bogar insolentemente delante de la línea de los navios, sin mostrar siquiera su pabellon. Esta audacia fué notada y chocó aun mas cuando la goleta, de atrevimiento en atrevimiento, llegó á acercarse al *Carlos XI* como para mofar su forma mas marcial que lijera. El *Carlos XI*, molesto al fin por ella, hizo seña á una fragata para que hiciera retirarse á la goleta. La fragata se apresuró á obedecer. La goleta lo advierte, pero en vez de pedir su perdon emprende de nuevo con la fragata el juego que

ha sostenido con el navio almirante. La fragata se incomoda; pero la impertinente goleta aumenta su burla. Se mofa de la fragata, la espere, la evita, se escapa de ella, vuelve otra vez y acaba por dejarla sobre su estela burlona. Nueva orden mas imperativa del *Carlos XI* á un brik reconocido como el mas velero de la escuadra, de vengar sin tardanza á la fragata y de obtener, aunque sea con tres cañonazos, el primero con pólvora sola, que la goleta culpable enseñe su pabellon, echese fálúa á la mar y envíe su capitan y dos oficiales á recibir su castigo al navio *Almirante*. Al momento el brik con todas sus velas desplegadas se arroja á perseguir á la goleta que le deja llegar hasta la distancia conveniente para poder hablar; entónces se detiene y el brik la grita:—¿De dónde venis?

Y la goleta responde:

—Del país de la alegría.

—¿Dónde vais?

—Al país de la felicidad.

—¿Cómo os llamais?

—Las dos sirenas.

—¿Vuestra nacion?

—La mas ingeniosa del mundo después de la Suecia.

—Basta de burlas; ¿vuestro pabellon?

—¿Nuestro pabellon? ¿Queréis ver nuestro pabellon?

—Sí, al momento.

—Vedle aquí. Mirad.

Y la tripulacion del brik, cuya paciencia se habia apurado, vió con admiracion alzarse en el aire la parte menos dudosa del vestido de una mujer, una falda bordada.

Toda la escuadra se echó á reir de esta ocurrencia; pero el capitan del brik, que tenia menos gana de broma, ordenó hacer fuego sobre la goleta. Un cañonazo resonó al momento. Dichosamente la carga era de pólvora sola, lo que habia previsto la maliciosa goleta; que priviendo tambien que la bala acompañaria á la pólvora si se disparaba un segundo cañonazo desplegó algunas velas mas y desafió al brik á que la alcanzase.

El brik aceptó el desafio, pero no alcanzó sino la risa de la armada entera. El desgraciado capitan no llegó por mas que hizo á dos tiros de cañon de la goleta que conservaba izada su falda en vez de la bandera de su nacion.

—Lo que me inclina á creer, decía Megret al rey, que no reía sino á medias al ver quedar impune esta ofensa por leve que fuera, lo que me inclina á creer que esa goleta no es holandesa, es que es demasiado ingeniosa. Hubiera izado un queso de Holanda en vez de la falda pero una falda... ¡jes encantador!

—Encantador, encantador... murmuraba el rey.

—Y lo que me hace creer que esa goleta no es inglesa, prosiguió Megret, es que si lo fuera nos hubiera enseñado los calzones en vez de una falda, lo grotesco sin ingéño... pero una falda es adorable...

—Adorable, adorable... murmuraba aun el rey con un despique concentrado.

—A vuestro entender, amable francés, hubiera dicho Olof si hubiera estado allí, esa fragata debe ser francesa; pero el gigante estaba embarcado en la fragata *Calmar* que formaba parte de la expedicion.

Dinamarquesa ó inglesa, rusa ó francesa, yo quiero, dijo el rey, cuyo descontento estalló por fin, que esa goleta sea apresada mañana por la mañana... De adla hoy que es demasiado tarde; pero mañana... oís...

—Si señor, respondió el almirante.

—Es una vergüenza, prosiguió el rey volviéndose hacia su estado mayor que permanecía silencioso, que no haya en nuestra escuadra en que se halla representada toda la marina sueca, una nave capaz de luchar en ligereza con esa goleta, como si la ligereza no fuese una fuerza en el mar! Esta es la condenacion del antiguo sistema de construccion seguido en Suecia; la leccion es buena, aprovechadla todos.

El dia declinaba sensiblemente, la oracion y la cena acabaron de darle tiempo de estender sus sombras sobre las aguas del Báltico.

Cuando hubo acabado la oracion de la tarde, Carlos XII dijo á algunos de sus compañeros intimos que le siguieran en la visita que iba á hacer á los principales navios de su escuadra, á fin de animar los equipages con su presencia y de disponerlos á combatir á los dinamarqueses, si como parecia probable, se hallaban al dia siguiente. Este paseo del rey obtuvo el éxito esperado. Se le juró vencer ó no volver á Suecia. Habia ya pasado revista á la mitad de su escuadra, cuando el viento, hasta entonces bastante fuerte, para hacer penosa la ronda naval de Carlos XII, se hizo tan impetuoso que fué imposible continuar sin grave peligro. Durante su última inspeccion á bordo de la fragata *Calmar*, el mal tiempo le detuvo y Carlos XII se resignó á esperar allí la llegada del dia para volver al navio almirante. La fragata *Calmar*, era un refugio bastante bello para el rey. Este navio era el que él habia destinado á ir á buscar á Scania 9,000 hombres. Olof, el jigan-

te Olof, uno de los comandantes de estas tropas estaba embarcado allí.

El rey se sentó sobre la cureña de un cañón, é invitó á Reginold á sentarse á su lado.

—Mañana, le dijo el rey, estaremos en las riberas de la Zelandia, delante de Copenhague, la capital de esa Dinamarca que hace causa común con nuestros enemigos, allí empezaremos el ataque. Si somos vencidos, todo se pierde y lograrán su objeto.

—Señor, no seremos vencidos, replicó Reginold, aunque no sabia mas que Carlos XII, en qué consistía una batalla y de qué dependía la victoria.

—Es preciso que los reyes de Europa hayan en verdad concebido una extraña idea de nuestra debilidad desde la muerte de mi padre, prosiguió Carlos XII, por haber considerado como cosa fácil, la partición de mis estados!... Pues qué! no estima en nada nuestra hacienda, nuestros almacenes, nuestros arsenales, nuestra marina, nuestras tropas, nuestros medios de defensa?

Hierve la sangre en mi corazón alborotado y sube corriendo al cerebro que se abrasa cuando mide la profundidad de nuestro abatimiento desde la altura de tanta insolencia.

¡Pero paciencia! dijo el rey mordiendo los labios y dando una puñada sobre la culata de bronce del cañón en que estaba sentado... ¡Paciencia!... solo nos separa una noche de las alegrías, de las repesalias... Era tiempo de pensar en ello, añadió el rey arrastrado de nuevo por el peso de la humillación. Todavía un mes de olvido, de ilusiones, de ceguera sobre mi situación, y los daneses y sus dignos aliados entraban en Stockolmo!... ¡yo seré quien entre en su país!... ¡Qué buen sueño he tenido despues de aquel sueño de muerte!...

—¡Un noble sueño, señor!

—Sí, y para los dos, Reginold.

—Sí señor, para los dos.

—¿Crees que te separo de mi pensamiento en todo lo feliz que sucede?... en todo lo que conozco grande para mi porvenir, en todo lo que creo haber hecho generoso para mi gloria, para mi nombre, en?...

(Se continuará.)

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI),

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

IV.

Llegó tranquila la noche
con sus balsámicas auras,
que mansamente murmuran
al cruzar por la enramada
ó se aduermen en los cálices
de las flores perfumadas.
Brilla en el cielo sereno
cuyo oscuro azul no empaña
ni una nube trasparente
cual suelto velo de gasa;
la melancólica luna
que con su luz argentada
recorre tranquila el cielo,
mientras la ciudad descansa,
entre brillantes estrellas
que la cercan y acompañan
como reina del espacio
por su corte rodeada.
Todo duerme en la ciudad;
que á la vida que ostentaba
antes de que en occidente
su disco el sol ocultara,
ha sucedido el silencio
de la noche solitaria,
silencio que sume en tristes
meditaciones al alma,
pues parece Barcelona
desiertas calles y plazas,
con las sombras que la envuelven
y en vano la luna baña,
vasta tumba en que durmióse
de su agitación cansada.
Sin embargo, de que aun vive
alguna señal se halla,

pues se escucha repetida
triste y monótona cántiga
del despierto centinela
que vigila en las murallas,
la canción del pescador
al rumor acompañada
de sus remos, y á lo lejos
bajo gótica ventana
de algun rendido mancebo
las trovas enamoradas.
—Está serena la noche
con sus balsámicas auras
que mansamente murmuran
al cruzar por la enramada,
ó se aduermen en los cálices
de las flores perfumadas.
Dormida está la ciudad
en el reposo embriagada;
mas para quien sufre triste
el peso de la desgracia,
ni tiene la noche sombras
que al blando sueño preparan,
ni sus espíritus llevan
en sus silenciosas alas
de la silvestre amapola
soporífera fragancia:
que quien la espina punzante
del dolor lleva clavada
metiendo su aguda punta
que el corazón le desgarran,
vela mientras todos duermen
en la noche solitaria,
y allí comienza su vida
donde la del mundo acaba.
Quizá por eso en el huerto
que aun del Arcobispo llaman,
y que se estiende detrás
del palacio que en la Rambla
ocupa aunque prisionero
el rey Francisco de Francia,
se ve pasear un hombre
que se adelanta ó que pára,
y detras un bulto negro
que con cautelosa marcha,
en sus mas lijeros pasos
parece que le acompaña.
Ser digérase su sombra
si no se oyeran las armas
que á despecho de su dueño
le crujen bajo la capa,
conque su rostro y sus formas
prudentemente recata.
El primero sin embargo
en el otro no repara,
que en meditacion profunda
parece que sufre y calla,
pues alguna vez al cielo
el rostro afligido alza,
y ó fué nocturno rocío
ó fué solitaria lágrima,
una gota trasparente
que por su mejilla pálida
rodó perdiéndose pronto
en su espesa y corta barba.
¿Quién á tales horas sufre
y abismado en su desgracia
ni siente la fresca brisa
que por su frente resbala,
ni percibe de las flores
la perfumada fragancia,
ni escucha rumor bullente
de la cercana cascada,
ni siente que tras sus pasos
otros pasos adelantan?
¡Ay! que su pena ser debe
muy profunda y muy amarga,
porque suspiros tristísimos
de su pecho se levantan,
que al mezclarse con la brisa
hace que gima angustiada

y que las flores se doblen
á su contacto agostadas.
¡Ay! que sufrir debe muchos
padecimientos su alma,
que viste luto su cuerpo
y ahogados ayes se exhalan
de su comprimido pecho,
cual si fuerte no bastára
á contener tanta pena
en su estension limitada.

Nadie pudo á pesar de ello
escuchar el jay! que lanza,
porque sin duda comprende
que si el sufrimiento habla,
pierde de su intensidad
el dolor, y aunque desgarran
nuestro pecho su agonía,
es tal su esencia, que ánsia
mas pena la pena misma,
y en su dolor se embriaga.

—Alguna vez sin embargo
escapáronse palabras
á sus lábios temblorosos
que su secreto declaran,
y la brisa al recogerlas
fué murmurando liviana,
«deshonor»... «venganza»... «muerte»...
¡Ay! mi libertad»... Ay Francia»...

Mas, ¿qué ruido se percibe
tras de los muros que guardan
los límites del jardín
donde tal escena pasa,
y que se acerca creciente
á las verjas que de entrada
le sirven, con gruesos hierros
entrelazados formadas?
Es el trote acompasado
de corceles que adelantan
y á que se mezclan confusos
pasos de gente que marcha
á pié, junto los caballos
y que algunas frases cambian:
á poco, tras de las verjas
cual reflejo de las llamas
de un incendio, percibiéndose
claridad inesperada,
que aumenta su luz rojiza
y que se aviva ó se apaga,
cual de antorchas á que el viento
hace que intranquilas ardan.
Mas cada vez el ruido
crece, y las luces aclaran,
de los árboles la sombra
que van huyendo agrupadas,
á los sotos interiores
donde el resplandor no alcanza.
Y sin embargo, el que triste
en el jardín paseaba,
absorto en sus pensamientos
no se apercibe de nada,
al paso que el bulto negro
echando hácia atrás la capa,
dejó brillar en sus manos
fuerte espada toledana,
y al mismo tiempo hácia el otro
tanto se acerca, que alza
la cabeza sorprendido
en voz diciéndole clara.

—¿Qué es eso, buen Alarcon?
¿Por qué abandonais la estancia,
y el reposo, que requiere
la vela continuada,
conque siempre vuestro afecto
por honrarme me acompaña?
¿Anhelaís de la noche
gozar la tranquila calma
de este apacible jardín,
entre las flores que exhalan
con las brisas bulliciosas
grata esencia perfumada?

—Al acabar de decir
el monarca estas palabras,
que mal su tristeza encubren
y sus pesares recalan,
vagó por sus secos lábios
ligera risa forzada,
pues bien conoce el designio
de él que su persona guarda.
—Señor, (contestó Alarcon)
al mirar que solo estaba,
cuando entré á veros solícito,
dentro de la régia cámara,
temí si algun accidente
ó una imprevista desgracia
os hubiera, aunque á estas horas
obligado á abandonarla.

—Os doy gracias capitán,
vuestra finura estremada
comprendo bien... y mas, qué vec?
¿Por qué desnuda la espada
en vuestra diestra contemplo?
¿Qué sucede? ¿Por qué anda
mi valiente caballero
con precaucion tan estraña?

—Señor, es que parecióme
escuchar ruido de armas,
y aun el rumor sospechoso
de nocturna cavalgata,
y por costumbre no pude
dejar dormir en la vaina
á mi amada compañera;
que si yo no la sacára,
al ver cercano el peligro
se partiera avergonzada.
Yo no os diré lo que sea
que en verdad no se me alcanza
el motivo de esas luces
que junto la verja páran.

—Decis bien, pues aseguro...
Pero ¿qué miro?... son damas
las que montan los corceles
si mi vista no me engaña.

Alarcon, me permitis
acercarme hasta la entrada?...

—Señor aquí vuestra alteza
no suplica sino manda.
(además, que muy ligeras
han de andar si acaso es trama,
para lograr arrancarte
tras el filo de mi espada)
á media voz añadió
como si ya le pesára,
tan cortés haber andado
con el cautivo monarca.

(Continuará)

JEROGLIFICO.



SOLUCION DEL PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

A toro muerto, grande lanzada.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.